

# MISERERE MEI

Raúl Romero Bartolomé





MISERERE MEI



**RAUL ROMERO BARTOLOMÉ**

**MISERERE MEI**



© MISERERE MEI  
© RAUL ROMERO BARTOLOMÉ  
E-mail: [romeroycia@telefonica.net](mailto:romeroycia@telefonica.net)  
© GRUPO EDITOR VISION NET

C/ San Ildefonso, 17, local  
28012 Madrid (España)  
Tel: 0034 91 3117696  
[url:www.visionlibros.com](http://url:www.visionlibros.com)  
Registro de la Propiedad Intelectual nº: M-006239/2004  
ISBN: 978-84-9770-669-8

Diseño Portada: M<sup>a</sup> del Pilar Jodra Tarancón.  
[romeroycia@telefonica.net](mailto:romeroycia@telefonica.net)

Maquetado: © Magda C. Vargas Del Valle

Producido por Grupo Editor Vision Net  
C/ San Ildefonso, 17, local, 28012 Madrid (España)

Impreso en España.

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser transmitida por un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético o por fotocopia, o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

## DEDICATORIAS DEL PROTAGONISTA

*A su esposa, por haberle colmado de cariño, apoyo y  
comprensión, durante estos difíciles años.*

*A su hijo, para que la lectura de este libro le ayude a caminar  
por el sendero de la virtud.*

*Y a todos los hombres que sufren y son torturados en el mundo;  
en especial, en un lugar tan hermoso como la tierra vasca.*



## PRÓLOGO

Decía William Blake en sus “Proverbios del infierno” que “todo lo creíble es imagen de la verdad”, o que “la verdad nunca puede ser dicha de modo que sea comprendida sin ser creída”. Y exclamaba: “¡Escucha el reproche de los necios: es un título regio!”.

Casi todo lo que puedo decir de Miserere Mei está implícito en estos tres proverbios.

Porque el libro de Mario Prada y sus peripecias, es el modo en que una verdad se expresa para poder ser creída.

En esta novela hay ficción y realidad en las dosis necesarias para ello. Demostrar una experiencia de la que no existen pruebas tangibles requiere el filtro de la literatura.

A Mario Prada la vida le causa un buen susto, y tardará muchos años en comprender que el reproche de los necios es un título regio.

No se cansará de clamar en el desierto, de ser señalado por repetir una y otra vez que sí, que “aquello” sucedió. Su lucha es solitaria y su triunfo, si lo hay, es personal.

El lector puede identificarse más o menos con él.

Puede ser un observador, como los dioses paganos, entretenidos en ver cómo el pequeño mortal se adentra en un laberinto del que no conoce la salida, pero ellos sí.

Y el lector puede también aceptar el reto de descender al mundo de los mortales, identificarse con su experiencia, tratar de ponerse en su pellejo y compadecerlo.

Esta segunda manera de leer es la más humana, pero también será la más aterradora, y tal vez la única forma de descender a la esencia de la historia de Mario Prada, de vivir en todo su esplendor el absurdo, el horror y la ignominia en la que millones de seres humanos han vivido en el mundo soviético: el castigo sin culpa, el proceso sin causa, que deja a la víctima sin posibilidad de defenderse, pues ¿cómo defenderse de algo que no parece haber sucedido?.

No es de extrañar que Mario Prada recurra a Dios cuando encuentra todas las puertas cerradas, todos los oídos sordos.

Es la soledad del ser humano ante Dios la que experimenta el protagonista, mientras a su alrededor se mueve una realidad concreta de estafadores de la que el lector va teniendo amplia y puntual información.

Pero Mario Prada sólo puede intuir esa realidad y gracias a esa ignorancia, podemos pensar que está a salvo de la grosera evidencia del engaño, de las intrigas del mundo material, y adentrarnos en una reflexión moral de la condición humana.

Que el lector elija desde qué ángulo desea vivir su peripecia: desde arriba como un dios pagano, o desde dentro de la piel del protagonista. Son ambas interesantes pero sólo una es verdadera.

Miguel Pérez de Lema Cardona





1.- Miniatura de un códice medieval. (Anónimo)



## I

**“El ser humano es demasiado complicado.  
Yo lo reduciría”**

**Dostoyewski.**

Dimitri, en “Los hermanos Karamazov”.

Me llamo Julián Braoño, aunque este dato poco importa. No tengo costumbre de mencionar mi verdadero nombre, y a estas alturas de mi vida no es fácil abandonar algunos hábitos.

Destinado en los Servicios de Inteligencia durante veintiocho años, en el desempeño de mi actividad profesional estuve adscrito fundamentalmente a misiones de seguimiento de los países más allá del telón de acero, y muy especialmente de la extinta URSS.

Hace cinco años pasé a la reserva con el empleo de coronel.

No hace mucho, un viejo amigo -el periodista Marcelo G. Sebastián-, puso en mis manos los diarios de un tal Mario Prada, con recado de ayudarle a explicar muchas de las cuestiones que este hombre narraba, y que no era capaz de entender por sí solo, pues aunque la peripecia que Prada va desgranando es antigua y se dispone de abundante información (no sólo en el estamento policial, sino también en las hemerotecas), nunca fue divulgada entre el gran público, porque carece de verosimilitud y no hay elementos que aporten certeza. Simplemente no hay pruebas.

El autor acompaña a su primer diario una breve carta cargada de sentimientos:

*“Querido Marcelo:*

*Ya no recuerdo hoy, ni cómo ni cuando decidí recopilar este diario. Fue, eso sí, transcurrido algún año después de mi último viaje a Moscú. Por entonces desconocía aun muchas cosas, y evocaba mi experiencia en Rusia sobresaltado, y con un gran temor indefinido.*

*Había tomado muchas notas inconexas y deslavazadas, pero la idea de dar forma coherente a mi experiencia no se abría paso. Una íntima vergüenza me atenazaba también, y con mucha frecuencia me desmoronaba.*

*Entonces me resultaba muy difícil expresar el caudal de sentimientos de acoso, de dolor, de indefensión, de cómo se perturba el equilibrio emocional, de la tortura física y psíquica que sufrí, y describir al mismo tiempo la enorme fuerza interior que acude en tu ayuda en una situación límite. La búsqueda sin cesar dentro de uno mismo y cómo se encuentra la salida en esas circunstancias tan difíciles.*

*De aquella experiencia aprendí que mientras transcurría por la parte alta del río, mi vida sólo conocía un objetivo, que era remar por el centro de la corriente y llegar más lejos, más rápido y más fuerte que los demás. No sabía hacia dónde, pero eso no era lo importante.*

*Después de despeñarme por aquella catarata, mi vida ha transcurrido de forma diferente, y hoy me detengo en los meandros del río a contemplar sus orillas.*

*Ya conoces casi todos los detalles de mis viajes, y no necesitas más presentación. Sólo quiero añadir que mi escaso conocimiento de la historia reciente del pueblo ruso y de su realidad presente, me ha permitido respetarlo profundamente y sentir como ser humano una inmensa rabia contenida por tantas atrocidades como ha padecido.*

*Mi experiencia me lleva también a desear que encuentren de nuevo su camino, y que los mejores valores restaurados de la tradición y el “alma rusa” inunden el viejo occidente mezquino, que*



*atesora su “estado del bienestar” con la avaricia inimitable de Harpagón, el personaje de Moliere.*

*Y que Dios nos ilumine a todos para desistir de la persecución sin tregua de objetivos materiales, y abra nuestros corazones para que el mundo sea cada vez mas justo, más verdadero y más unido.*

*No olvides nunca que la luz, la misericordia, la humildad, la generosidad y el amor al prójimo están en todos los hombres. Y de la misma forma, también la oscuridad, la ruindad, la soberbia, el egoísmo y la crueldad con sus semejantes. El hombre es siempre el mismo en cualquier lugar, y la idea de Dios también.*

*Confío en tu ayuda para que estos papeles vean la luz algún día, y un millón de gracias por anticipado, Marcelo.*

*El valor de la amistad en determinadas ocasiones no se puede calcular. Por eso no sé cuánto te debo, pero sí sé que nunca podré pagarte. Un fuerte abrazo. Mario.”*

En estos diarios, Prada narra unos hechos ocurridos entre Moscú y Madrid allá por 1991, que dieron lugar a una dura historia construida alrededor de unas pocas personas y unas situaciones muy concretas, y que transcurre además en un corto espacio de tiempo.

Una historia que desarrolla una concienzuda trama policial llevada a cabo por los servicios secretos rusos, para desenmascarar una red de corrupción política durante el último aliento de la antigua URSS.

Una historia, en fin, que reflexiona sobre las grandes incongruencias doctrinales que abocaron al hombre del siglo XX a una enorme confusión.

¿En qué consistió la verdadera historia de la Gran Farsa, la construcción del “socialismo real”, la Utopía o el diseño de un porvenir mejor basado en el “socialismo científico”?

¿Y el mensaje cristiano? ¿Cómo se persigue esa otra utopía mucho más trascendental como es alcanzar un Reino “que no es de este mundo”, e intentar conseguirlo, además, a base de Justicia, Verdad y Amor al prójimo?



La esencia del cristianismo es la capacidad de perdonar. ¿Es capaz de perdonar el hombre de hoy?

El mito comunista, ¿no es loable en su esencia?. O acaso es impensable sostener el deseo de instalar en el mundo un porvenir mejor para el hombre.

Como sucede en todo diario, su autor penetra en la esencia del ser humano, portador de unos valores que debe poner en contraposición con los de otros hombres, para discernir sobre la rectitud y el sentido de su presencia en el mundo.

Marcelo G. Sebastián fue redactor en EL INDEPENDIENTE, uno de los medios más brillantes del periodismo escrito en este país, en unos años vertiginosos y excitantes. Allí se inició buena parte de la investigación que dio origen a la cuenta atrás del PSOE, y por eso lo cerró.

Y allí conoció a Mario Prada, su director financiero y protagonista de esta historia, que comienza en 1991, inmediatamente a continuación del cierre del diario, por una senda que pondrá en contacto a Prada y al corresponsal del periódico en Moscú, para conquistar un importante negocio en la Rusia poscomunista.

Lo primero que cabe decir, es que para adentrarse en la Rusia de 1991 hay que echarle de comer aparte. Lo que habían conocido todas las generaciones vivas de rusos se derrumba con estrépito, y nuevos horizontes se abren paso en medio de un desconcierto general muy complicado.

Para entender la sociedad rusa de entonces y los fenómenos sociales ocurridos tras la caída del comunismo, conviene iniciar un pequeño análisis antropológico para poder explicarse los diferentes estratos de población y la geografía de ese enorme país.

Si hablamos de Rusia tenemos que contar a 150 millones de personas repartidas en 80 repúblicas, regiones o departamentos autónomos, donde se hablan 50 idiomas



distintos, y donde se practican todas las religiones conocidas y muchas otras desconocidas para la mayoría de nosotros.

Es un espacio vital heterogéneo, donde conviven a duras penas alemanes, eslavos, chinos, mongoles, armenios, turcos o esquimales, cuyas diferencias han dado lugar a conflictos interminables a lo largo de la historia.

Un territorio que tiene once husos horarios y 17 millones de km<sup>2</sup>, con una climatología extrema entre el Gran Norte, cuya vida se desarrolla entre los hielos perpetuos, y Crimea, donde florecen los naranjos en otoño.

De Norte a Sur, el territorio más septentrional es la tundra. Un suelo permanentemente helado, y un sol de medianoche, que durante seis meses del año permite una raquítica vegetación de maleza, musgo y líquenes. Es el territorio de los “chutkas” o esquimales.

Acaba la tundra en el sur, con una zona boscosa, arenosa y pantanosa, donde se pastorea el reno, y que dará paso a su vez a una enorme extensión forestal que ocupará más del 50% del antiguo territorio soviético. Un gigantesco bosque casi ininterrumpido, que dio lugar en su origen a una civilización característica de pequeñas aldeas construidas en madera, modo de vida que la antropología moderna traslada también a Alaska y Canadá, a través del Estrecho de Bering.

Al sur de este bosque empieza la única tierra rusa verdaderamente rica, el chernozion (o “tierra negra”). Ocupa el “chernozion” una superficie bastante escasa, pero en ella se concentra el 60% de la superficie cultivada.

Si seguimos viajando hacia el sur llegaremos al país de las estepas sin árboles, tierras de cosacos y tártaros; de desiertos y semidesiertos, de plantaciones intensivas de algodón, que han matado a los ríos de agotamiento y al mar de Aral de sed.

Las demás regiones escapan a esta clasificación. Son Crimea, el Lejano Oriente y el Cáucaso.



En un espacio natural como este, con constantes luchas fraticidas, es muy notable el esfuerzo que hicieron siempre los rusos en cualquier momento histórico -no sólo con la llegada de los bolcheviques al poder-, para concitar la unión de todos ellos en torno a unas mismas opiniones muy generalizadas, unos mismos ideales, una misma alma, un tótem, un zar, un líder, una iglesia o unos valores, que todos defenderán y mantendrán en su más pura esencia. El ideal imperialista que promueve el paneslavismo. De la misma forma que en invierno todo ruso puede viajar desde San Petersburgo a Vladivostok sin bajarse del trineo.

Un esfuerzo integrador necesario en una sociedad de tamañas dimensiones.

Cuando le explico a Marcelo muchas de estas cuestiones sobre la historia de Rusia, reacciona con asombro y se reafirma en su acertada decisión al pedirme opinión sobre el relato de su amigo Prada.

Marcelo reconoce su gran desconocimiento del país y expone en tono jocoso, que él pertenece a esa generación que aprendió la “geografía política” con aquellos mapas desplegables que cruzaban de arriba abajo el encerado de la clase.

D. Aurelio, el maestro, les colocaba en círculo sobre la tarima que protegía su sitio natural en el aula, y cuando desplegaba el mapa de España para exigir explicación de los ríos con todos los afluentes, ya fueran de la margen derecha o de la izquierda, agarraba con la otra mano un cepillo de madera a modo de un “colt” del 39 largo, presto a sonar sobre sus vacías cabezas.

Marcelo dice que siempre le llamó la atención aquel enorme país de color rojo que abarcaba medio mundo, y que se podía nombrar con cuatro letras: URSS, que luego cambiaban en las olimpiadas por otras cuatro diferentes: CCCP.

Cuando le preguntaban a D. Aurelio por esa extraña mutación, se santiguaba primero por aquello del contu-



bernio judeo-masónico y el comunismo internacional de que hablaba Franco, y enfatizaba después una respuesta indescifrable.

La generación de Marcelo o Mario Prada no pudo leer nunca en aquel mapa Tayikistán, Turkmenistán o Kazajstán. Y así crecieron hasta los treinta años. Hasta que Gorbachov descubrió la “glasnost”, porque hasta entonces todo era un único y vasto territorio de color rojo, en la memoria y la retina de casi todos los hombres de su generación.

A mí, por el contrario, la idea del “esfuerzo integrador” de todos los rusos en torno a un país de color rojo, una bandera roja, una hoz, un martillo, una religión, un trineo o un zar, me ha subyugado siempre.

El simbolismo es una herramienta fundamental para canalizar el esfuerzo de una colectividad en la consecución de unos fines concretos.

Es algo sabido ya desde antiguo, que se entiende fácilmente pensando en un grupo de amigos que se reúna para jugar al fútbol: sólo cuando se ponen de acuerdo en el “escudo” y los “colores”, consiguen sumar esfuerzos en una dirección concreta, a la conquista de un deseado trofeo.

En el caso ruso, cuanto más dispersos los esfuerzos a reunir, más importantes han de ser los símbolos a crear, porque su misión y su única razón de ser es que perduren en el tiempo.

Así lo entendieron desde el principio los bolcheviques, e inundaron el país de banderas rojas y efigies de Lenin con el puño cerrado.

Pero su tarea no resultó sencilla, porque para impulsar aquellos nuevos valores había que destruir los viejos, que eran igualmente importantes, más aún habiendo perdurado durante largo tiempo, porque entroncaban ya con la tradición y la cultura, el vivir y el saber de un pueblo con cientos de años a sus espaldas.



Digamos que los bolcheviques empezaron por tocarle “los entresijos” al pueblo ruso, y resultó evidente que sólo resolverían el problema apretando bien.

En aquellos primeros años noventa en que arranca la historia de Mario Prada, ese “esfuerzo integrador” de los rusos, consistirá en devolver las señas de identidad a todo aquello que el régimen soviético desmitificó y destruyó.

Mientras en Occidente las sociedades eran y son iconoclastas, en Rusia se vuelve sobre los pasos perdidos.

Toda la etapa soviética resultó ser una gran estafa, con un régimen que propugnaba la liberación de los pueblos oprimidos del mundo, pero que impuso el terror como forma de sometimiento de grandes masas de ciudadanos. El miedo era el combustible más barato para movilizar a los hombres en la persecución de unos objetivos inalcanzables.

El régimen soviético fomentó la desigualdad y esclavizó a poblaciones enteras, mientras defendía en foros internacionales la libertad y la igualdad de los pueblos del mundo. Alentó la traición y la delación, mientras la propaganda hablaba de la hermandad entre los hombres y las naciones.

Todo fue una gran mentira institucionalizada por el aparato del Estado, que obligaba a los ciudadanos a ser cómplices de esa gran mentira como mecanismo de supervivencia, pues fueron sometidos a un espionaje de sus actos y pensamientos, que alcanzó tintes paranoicos. El terror y la arbitrariedad llevaron a los rusos a un comportamiento social vencido por el “maniqueísmo”.

Herman Tertsch lo describe muy bien en su libro “La venganza de la Historia”:

*“Ellos -el régimen- hacen como que nos pagan, nosotros hacemos como que trabajamos. Ellos hacen como si nuestra producción fuera un éxito y el país fuera bien, nosotros hacemos como si nos lo creyéramos. Ellos hacen como si todos fuéramos felices con ellos de jefes, nosotros hacemos como si fuera cierto para que no nos importunen”.*



Solzhenitsyn llega a decir que el carácter popular ruso terminó ensombrecido y quebrado tras el periodo soviético. Habla de la desaparición de su franqueza, su espontaneidad, su sencillez, el talante sociable, su confiada resignación ante el destino, su capacidad de resistencia a toda prueba, su desinterés por el éxito externo, su humildad ante el triunfo, la compasión y la nobleza de espíritu.

Pero el pueblo ruso nunca se desprendió de sus huellas, su pasado, sus tradiciones, sus prejuicios, sus sentimientos, su honor, sus proezas y sus fracasos. Además de inútil, resulta completamente innecesario.

Es posible que el espíritu nacional ruso se encuentre ensombrecido, como afirma Solzhenitsyn, pero nunca quebrado. Los rusos lo encontrarán allá donde se encuentre.

Rusia ha vivido un proceso de transición extraordinario. Es inimaginable una vuelta atrás, pero se ha producido la recuperación como símbolos de unidad, de algunas facetas de la vida y la historia rusa.

Por ejemplo, el fenómeno religioso.

¿Cómo pasa una sociedad de admitir que la religión es el “opio del pueblo”, a inhumar los restos del último zar para darles cristiana sepultura, tras una ceremonia religiosa propia de una coronación papal, rodeada de un fervor como ya no se conoce en todo el Occidente cristiano?. ¿Nos podemos conformar con una explicación simplista de los hechos, aludiendo al tópico habitual de la extenuación de la experiencia política soviética?. ¿Qué ocurre entre 1917 y 1995 para poder explicar un comportamiento social tan contrapuesto?

Pues ocurren muchas cosas: Primero, las persecuciones y torturas de los primeros años tras la revolución y la demolición y saqueo del templo de Cristo Salvador en 1931. En un segundo momento, la Gran Guerra Patria, las deserciones masivas de ciudadanos, y la colaboración de la Iglesia Ortodoxa con el régimen durante la Guerra.



Ya en los años de posguerra, la denuncia expresa del ateísmo de Estado en el XXI Congreso del PCUS en 1961, y la renuncia del sistema a profanar el solar sagrado que ocupara el Templo de Cristo Salvador. Y por último, en los años postsoviéticos, la reconstrucción del Templo en 1995 y la restauración del honor de los Romanov, dos símbolos auténticos de la concordia nacional en la recuperación de los valores eternos del “alma” rusa.

Miles de religiosos ortodoxos murieron en los primeros años de la Revolución, crucificados en las puertas de sus iglesias, estrangulados con sus propios hábitos, enterrados vivos o ahogados en agujeros hechos en el hielo del río. Los musulmanes, judíos, budistas o católicos de Armenia, tampoco se libraron de la persecución.

En los años treinta, un decreto los tachó de contrarrevolucionarios opuestos a la colectivización agraria y se desencadenaron nuevas torturas. Por estos mismos años se culmina una de las mayores afrentas colectivas sufrida por el pueblo ruso: la demolición del Templo de Cristo Salvador.

Un día, al comienzo de mi estancia, salí a caminar por las calles blancas de Moscú. Era el mes de diciembre, hacía un frío espantoso, y cuando las fuerzas empezaban a flaquear llegué a un lugar sobre el que se levantaban unas espesas nubes de vapor blanco, que salían de una inmensa piscina al aire libre, abierta todo el año con un sofisticado sistema de calentamiento permanente del agua.

Eran las ocho de la tarde, sobre poco mas o menos, la temperatura alcanzaba los veinte grados bajo cero, y sobre la piscina, una docena de personas disfrutaba de un espléndido baño a juzgar por la manera en que salían del agua y se paseaban por el entorno.

Pregunté por aquello completamente anonadado, y mis acompañantes rusos rehuían la pregunta con evidentes evasivas. Parecía una cuestión tabú, de la que nadie quería hablar, y decidí no insistir.

